

Persiflage

Historias de la Sarah israelita

— Colaboración directa —

Para Palma Guillén, profesora de psicología y de lógica de la Universidad de México, por la buena amistad que hicimos cuando estuvo en mi Heredia con su Gabriela Mistral.

Cansados volvimos de recorrer las calles de Alejandría, cansados de la visita al Museo, cansados sobre todo de la charla insulsa, con aire de insoportable tiesura, de los eruditos gramáticos que infestan el lugar, que lo invaden de odios y rencores, y la casa de la Sarah israelita me pareció pedacito de Paraíso.

La teoría de un Dios hacedor de toda cosa a veces me cautiva. Cuando veo el cielo estrellado; cuando—¡ya conozco el mar!— en la extensión marina a que la vista alcanza hay sobre la vastedad azul una sola vela, blanca; cuando, a veces, el aire se llena de olores agradables, o cuando toda parte del clavel moreno me parece hecha adrede para manifestar belleza y dar gozo, entonces de mi corazón brota profesión de fe de esta manera: ¡Gracias, Señor, por la bondad de tu obra!

Nada es tan fácil como creer que Dios ha hecho un helecho: ¿quién, si no Dios, podría hacerlo? La maravilla de un ramo de reseda, de reseda que aún no ha abierto, que está toda en grano menudito, que uno toma con las yemas de los dedos y aprieta un poco y que entonces parece palpitar, como si tuviera vida,—una vida de lo más delicado, tan delicada como la vida de unos labios suavécitos,—esa maravilla sí que hace creer en Dios: ¿quién, si no Dios, podría hacerla?

Morenita como es el clavel moreno, es pecosilla. Tiene pecas en toda la cara, pecas en la frente, pecas en las mejillas, pecas en la nariz, pecas cerquita de la comisura de la boca, pecas en la nuca, pecas en la parte del cuello de donde la nuca brota. Este aire marino, este viento africano, le ha hecho salir todas las pecas. Yo me he quedado, viéndola, absorto. "Estoy adorando en ti", la he dicho. No hay copo de nieve, no, ni promesa de flor, tan delicados como una peca del clavel moreno, la tontita, que cree que es a ella a quien digo que adoro, cuando no es a ella, sino a Dios. ¿Quién, si no Dios, podría hacer una peca?

Pero, ¡las cosas feas! La fealdad del mendigo que me siguió toda una cuadra empeñado en mostrarme una horrenda llaga hedionda; la tullidez del viejito que tiene Sarah en casa; los ojos de aquel sirio que seguían a una muchacha africana salida quién sabe por qué de quién sabe qué gineceo, y la pedantería de los eruditos del Museo y de los gramáticos, ¿cómo iba a ser Dios autor de tales cosas? ¿Qué clase de Dios sería el capaz de perpetrar esos horrores? Por consiguiente, conviene, para el buen orden de nuestras ideas del mundo, concebir, como hacen los persas, junto al espíritu del bien, un espíritu del mal. Plotino sonríe, y me llama niño grande. Para

él todo lo persa es cosa de niños. "Te asustaban cuanto eras bebé", me dice Plotino, "y no has dejado de asustarte, porque aún no dejas de ser niño".

"Es", dijo la Sarah israelita, "como el Niño Perdido y Hallado en el Templo".

"¡Bella historia esa historia que cuentan los cristianos!" dijo Plotino.

"¿Usted es cristiana?" le pregunté a la Sarah israelita.

"¡Ah!" me respondió, "¡qué lastima! El Cristo era judío. Yo soy judía. ¿Por qué no había de creer en él? Son todos estos griegos los que nos están robando esa gloria de Israel".

"Sarah", le dijo Plotino, "bien sabes que, como de cultura griega, yo no acepto el cristianismo. Pero son ustedes los judíos los que abominan de esa creencia".

"Paciencia", replicó la Sarah israelita. "Yo soy vieja, y ganas no tengo para argumentar. Cuando fui moza sí hablé de estas cosas. ¡Dios, qué días! Teníamos una causa, un grupo de nosotros los judíos, de hacer que el cristianismo fuese reconocido como brote natural del judaísmo, como floración de Israel, que no como su negación. Era una buena causa".

Cuando Plotino se hubo ido, porque íbamos a comer y él no quería probar bocado, le piqué a Sarah el amor propio, para que aflojase la lengua no de cerquita de los labios sino que de más hondo, de cerquita del corazón. Y Sarah nos contó cuántos cuentos de amor suyo, o casi cuentos de amor, o cuentos de casi amor.

"¡Por esa causa, del judaicristianismo", dijo, "casi me caso, ¿sabes? con un hombre a quien no quería. Era un etrusco que había abrazado el cristianismo y que deseaba para su religión la tradición de los profetas. Vivía en una casa que era sólo un cuarto. Allí tenía mesa de trabajo con estilos y papiros y tintas que él mismo preparaba. En un rincón había un pobre lecho. Le encantaba componer evangelios. Tenía la bella idea de escribir las doce versiones de la pasión de manera que fuesen

doce garfios prendidos al judaísmo, doce garfios por los que sutilmente la vitalidad judaica pasase a la nueva creencia, doce garfios cada uno como pico de animal que chupa sangre.

Hay en no sé qué parte del mundo, animales que chupan la sangre de su presa, y no la matan, no, sino la vacían entera en sí mismos donde continúa viviendo, enriquecida, su personalidad. Son como pájaros, pero no son pájaros; son como roedores, pero no son roedores; otra especie de animales son, que, si se chupan a un cabrito, se vuelven cabritos, sin dejar de ser tampoco lo que son. Y este etrusco, tan abnegado, tan santo, tan laborioso, hacedor de evangelios, como digo, creyó un día que podía casarse conmigo.

"Ni él me había mirado nunca atentamente, ni yo a él. Los del grupo creían que convenía a la causa. Y yo dije que sí. Me salvó que tuvimos que esperar a los padrinos. Esperándonos estábamos, esperando a las mujeres que dieran testimonio de mi doncellez y a los ancianos que contaran los denarios que me entregaría mi marido, cuando se me ocurrió mirar con atención al prometido. Una sola idea se había apoderado de mí: *En cuanto me case tendré que besar a este hombre.* Él leía y volvía a leer unos manuscritos. Casi no sabía hebreo, y lo que escribía lo hacía en un griego un poco bárbaro. Dicen que muy bárbaro, pero no sé cómo nada griego puede ser de otro modo. Y yo que le voy viendo prieta, muy prieta, la línea entre la barba y el cuello, prietas, muy feas, las mejillas, feo todo él. ¡Tan bueno que era, pero feo!, de modo que me dije: *Si no tiene donde lo pueda besar, ¿cómo voy a hacer si me caso con él?* Me entró un curioso terror que sólo nos entra a las mujeres. El terror que les entra a los hombres nunca es así".

La Sarah israelita se quedó callada, sonriente, moviéndosele el hundido pecho, como mirando en los ojos de sí misma la escena que contaba de su juventud.

"También es que yo estaba enamorada de otro", dijo la Sarah israelita.

"¡Ah, sí?" exclamó el clavel moreno, que quería ese nuevo cuento. Temeroso yo de que la Sarah se me fuese a escapar por esa tangente, me acerqué a ella:

"Sarah" le dije, "hablaba usted de haber sentido un terror. Yo no creo que usted haya sentido nada . . ."

"Terror, hijo, terror", me repuso ella, con suavidad. "Terror sentido a la manera de la mujer, que es una manera de que no es capaz el hombre. El terror los anonada, los paraliza a ustedes. Ustedes sólo saben pelear cuando creen que van a ganar. Por eso pierden tantas veces. La mujer no pierde casi nunca. El terror nos pone agudos los sentidos. A ustedes el terror los entume, los abrumba, los envuelve en oscuridad, se les mete hecho sombra fría dentro de los huesos y se los pone blandos. A nosotras no. Aterrorizada, hallé modo ingenioso de zafarme de aquel compromiso, sin que él

INDICE



Libros para niños:

Wilhelm Junker: <i>Por la cuenca del Nilo.</i> Pasta	¢ 2.25
L. D. Mantilla: <i>Indios de la Pampa.</i> Pasta	2.25
L. Panteleiev: <i>El reloj o las aventuras de Petika.</i> Pasta	2.00
Herminia Zur Muhlen: <i>Lo que cuentan los amigos de Perico.</i> Pasta	2.00
Herminia Zur Muhlen: <i>¿Por qué?</i> Pasta	2.00

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.